

ARQUEOLOGÍA E HISTORIOGRAFÍA ABORIGEN DE CUBA EN EL SIGLO XIX



SILVIA TERESITA HERNÁNDEZ GODOY
CENTRO PROVINCIAL DE PATRIMONIO. MATANZAS. CUBA

RESUMEN: EL PRESENTE TRABAJO APORTA NUEVOS ELEMENTOS AL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA MAYOR DE LAS ANTILLAS DURANTE EL SIGLO XIX. EN EL ESTUDIO SE RELACIONA EL DEVENIR DE LA DISCIPLINA EN EL PAÍS CON EL AVANCE DE LAS IDEAS CIENTÍFICAS AFINES A SU CAMPO Y SU ESTRECHA VINCULACIÓN CON LA ANTROPOLOGÍA Y LA HISTORIA A TRAVÉS DE LOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS; QUIENES LO REALIZAN Y SUS CONCEPCIONES, PROYECCIONES Y LEGADO PARA LA HISTORIA SOBRE LA VIDA DE LA SOCIEDAD COMUNITARIA DE CUBA. EN ESTE ASPECTO SE ANALIZA LA LABOR DEL GEÓGRAFO ESPAÑOL MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER, INICIADOR DE ESTOS TRABAJO EN LA ISLA Y LA INFLUENCIA DE LA ANTROPOLOGÍA FRANCESA EN LOS ENFOQUES DE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS INICIALES.

PALABRAS CLAVE: Cuba, arqueología, antropología, historia, aborigen, siboney, taíno, historiografía.

KEY WORDS: Cuba, archaeology, anthropology, history, native, Siboney, Taino, historiography.

ABSTRACT: This study contributes new aspects on the development of archaeology in Cuba in the nineteenth century, describing how the discipline grew there along with the advance of scientific ideas related to the field, and the close link with anthropology and history through archaeological finds, those involved and their conceptions and projections, and the legacy to the history of the life of Cuban society. The work analysed is that of the Spanish geographer Miguel Rodríguez Ferrer, who began these studies on the island, and the influence of French anthropology in the approaches to the initial archaeological studies.

I

INTRODUCCIÓN

El siglo XIX abrió las puertas al cambio y la dinámica del pensamiento científico mediante los cuales, se consolidó el concepto de evolución. Al igual que lo acontecido en Europa y las Américas, en Cuba el incentivo por saber y distinguir los “misterios” del pasado y el origen de todo lo palpable en la naturaleza, se manifestó desde fines del siglo XVIII y primera mitad del XIX. El avance de las nuevas ideas científicas estableció las pautas a seguir por los miembros de las sociedades científicas que se fundaron durante esta época. Estas ideas se basaban en los postulados evolucionistas que sobre la observación y experimentación irrumpieron en la enseñanza cubana y dieron al traste con el escolasticismo de la época.

Desde fines del XVIII el auge de la economía de plantación, favoreció ese proceso de ruptura en Cuba, al necesitar del progreso y conocimiento de las ciencias naturales y de la mecánica. Los intereses de los oligarcas criollos favorecieron el primer impulso renovador al colocar este sistema económico como la antesala de una revolución de las ideas que propiciaría en el siguiente siglo, el nacimiento independiente de disciplinas tan significativas como la *antropología* y la *arqueología*.

“La animación intelectual de una clase que en pocas décadas se hizo muy rica, las necesidades técnicas de la producción, la penetración en el conocimiento de la tierra y sus cultivos, etc., constituyeron cuestiones que no podían resolverse en el contexto de la escolástica tradicional. Imperativos económicos forzaban a una subversión de los patrones intelectuales del XVIII, pero en Cuba este rompimiento significó, además, el surgimiento de una cultura nacional con grandes implicaciones en los destinos posteriores del país” (Segre, 2000: 129).

En este contexto de cambio surge la *Sociedad Económica Amigos del País* (SEAP), fundada en 1793 y más tardíamente la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* y la *Sociedad Antropológica de Cuba* (SAC).

En la SEAP se agruparon los sectores interesados en derribar los esquemas escolásticos¹ y abrir nuevos caminos al conocimiento. También se promovió desde este foro el interés por los temas históricos, a través de los comisionados de esta sección, a la vez que dicha corporación auspició varias de sus publicaciones.

Por su parte la *Real Academia*... se creó el 19 de mayo de 1861. Este fue un proyecto iniciado por la comunidad médica cubana desde la tercera década del siglo XIX. Su prin-

¹ Algunos de los hechos que marcaron la ruptura con la escolástica fueron la fundación del *Seminario de San Carlos* y *San Ambrosio* en 1774 que incorporó la enseñanza de la física experimental y exigía a los maestros no absolver las opiniones de ningún autor; la creación del *Papel Periódico de La Habana* (1790) y el *Real Consulado* (1795). Tres de los máximos exponentes de las reformas en la enseñanza y la cultura fueron José Agustín Caballero (1762-1835), Félix Varela (1787-185) y José de la Luz y Caballero (1800-1862).

cipal gestor fue el Dr. Nicolás José Gutiérrez Hernández (1880-1890), quien junto al naturalista Felipe Poey (1799-1991) participó en la fundación de esta institución. Se debe a José de la Luz y Caballero la inclusión de las ciencias físicas y naturales en su denominación.

La constitución de este centro influyó en todos los aspectos de la vida cultural cubana. Gracias a su existencia y labor se desarrollaron disciplinas como la geología, paleontología, biología, química, astronomía, farmacia, *antropología* y la *arqueología*. Con su quehacer y actividad surgieron otras instituciones; como la *Sociedad Antropológica de Cuba*, el 26 de julio de 1877 por el empeño del Dr. Luis Montané Dardé; y laboratorios científicos que elevaron el nivel y rigor de la docencia universitaria. En el seno de esta corporación científica se discutieron numerosos problemas: los caracteres físicos, fisiológicos y facultades intelectuales de los grupos humanos, datos históricos, arqueológicos, lingüísticos; las razas y en especial la población negra: cultura, enfermedades, refranes, mestizaje, debates sobre el espiritismo, etc.

Este salto cualitativo del desarrollo científico del país se debió a los estudios que realizaron ilustres cubanos en Europa y que luego trasladaron a la Antilla mayor. Hubo un gran movimiento mundial por obtener un conocimiento más profundo de la naturaleza; hecho que condujo a numerosas expediciones científicas promovidas por sabios y gobiernos. En este contexto y con posterioridad a la fundación de la SEAP, llega a Cuba el naturalista y geógrafo español Don Miguel Rodríguez Ferrer, el verdadero iniciador de la arqueología indocubana.

II

MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER Y LAS PRIMERAS EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL ARCHIPIÉLAGO CUBANO. SU LEGADO HISTÓRICO

Rodríguez Ferrer (Cádiz/1815-1889) llega en 1847 a la Isla de Cuba para cumplir las funciones encomendadas por la corona. Una de ellas fue el encargo del editor madrileño Pascual Madoz, quien realizaba un Diccionario de Geografía dentro del proyecto de Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de España (1848-1850); antecedente del de su coterráneo, Jacobo de La Pezuela (1811-1882). Madoz delega en Rodríguez Ferrer la búsqueda de la información que figuraría en su futura monografía.

El geógrafo español es reconocido como padre de la arqueología cubana. El año de su arribo, en que comienza a escribir su obra excepcional *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, marca el evidente inicio de las actividades arqueológicas en el territorio. Con anterioridad a la fecha de sus primeras exploraciones, *La Gaceta de Madrid* había publicado el 5 de febrero de 1779, una nota curiosa, compilada años más tarde por el erudito José Antonio Saco (1797-1881), quien la da a conocer en sus *Papeles Científicos* (Saco, 1858: 408). La misma versó sobre el encuentro fortuito en una cueva de la hacienda de Sabalanamar, a cuarenta leguas de La Habana, de dos estatuas de guayacán negro. Aquellas representaban, según la noticia anónima, dos indios des-

nudos, una mujer y un hombre. La primera de pie con una corona y el segundo sostenía una fuente con los codos y rodillas. Tenían las caras feroces y miembros bien proporcionados, aclaraba la información. Pero nada se comentó sobre quiénes fueron los posibles creadores de estos objetos, ni hubo intento alguno de desentrañar el origen de las esculturas, como consecuencia de los pocos datos e inexperiencias existentes en este campo. Más de un siglo después, Fernando Ortiz en *Historia de la arqueología indocubana* (1922) planteó que estas piezas eran un ídolo femenino y un dujo. Posteriormente se pierde su pista y ya nada se sabe del paradero de estas evidencias.

La estancia del naturalista español se extiende por diez largos años, en los que ejerció de funcionario y después como hacendado en Puerto Príncipe, capital del Departamento Central. En esos años, conoce de la existencia de cráneos aborígenes en el oriente del país. Oye hablar además, de la presencia de las llamadas piedras de rayo (hachas petaloideas), hecho que le hace trasladarse y explorar varios puntos del territorio insular.

El resultado de sus excursiones del año 1847 los expuso en su mencionada obra, publicada en Madrid entre 1876 y 1877. El autor trata asuntos desde la perspectiva geológica, geográfica y meteorológica, así como aspectos paleontológicos, antropológicos y arqueológicos. Estos últimos tópicos fueron de su especial preferencia y le hicieron ganar el apoyo de eruditos consagrados como el Dr. Felipe Poey (1799-1891), el abogado Don Antonio Bachiller y Morales (1812-1899) y de asociaciones, como la SEAP.

Rodríguez Ferrer visita zonas de las antiguas provincias del centro y oriente (Maisí, Baracoa, Manzanillo, Mayarí, Bayamo y Puerto Príncipe). Allí localiza importantes sitios para la arqueología cubana y colecta las primeras evidencias. Sus principales hallazgos se relacionan con cráneos deformados, hachas petaloideas, una mandíbula fósil y dos ídolos². El recorrido inicial fue realizado en febrero de 1847 a la Gran Tierra Maya, extremo oriental de la Isla, donde exploró las ruinas de Pueblo Viejo. Compara las estructuras del sitio con los cercados térreos de Estados Unidos a través de las obras de arqueólogos nortños, E. G. Squier y E. H. Davis y la información obtenida a través de sus correspondencias con la Sociedad Etnológica Americana, creada desde 1845. Tiene la certeza de que dichas construcciones son de factura humana y sugiere su posterior análisis. Expone, además, su hipótesis sobre la ocupación de pueblos inmigrantes procedentes de tierras continentales, que dice, transitaron por el estrecho de Beringia, siendo éste uno de sus aciertos.

En su recorrido por la Isla se dirigió hacia la Cueva del Indio, al sur de Pueblo Viejo donde localizó los primeros cráneos deformados (deformación fronto-occipital tabular oblicua), además de huesos dispersos de fémures y tibias. El descubrimiento de esos cráneos introduce al autor en un análisis contradictorio, a partir del cual plantea que está en presencia de otra raza de la cual no hablaron los cronistas³ y señala, ade-

² Estas evidencias corresponden a las comunidades agricultoras-ceramistas, también conocidas como taínas.

³ El Padre Bartolomé de las Casas señaló que en la Isla de Cuba habitaban los guanahatabeyes, siboneyes y taínos. La arqueología y la historia han comprobado que los dos primeros grupos fueron pescadores-cazadores-recolectores (4000-1000AP) y el segundo, agricultores-ceramistas (siglo VII NE.). En la actualidad se conoce que la mayor de las Antillas fue poblada además por un grupo más temprano, los cazadores-recolectores recolectores (10000AP), de los que se tuvieron las evidencias iniciales hacia la década del setenta del siglo XX.

más, que el Padre Las Casas no escribió acerca de la práctica de la deformación craneana de los pobladores del archipiélago cubano. Estas confusas apreciaciones del autor hacen que afirme la no-pertenencia de estos cráneos a los nativos de la Isla. A partir de aquí ésta será una de las mayores polémicas de los círculos intelectuales del XIX⁴.

Al regreso de lo que denominó “la gran expedición al confín oriental”, continuó sus exploraciones por la bahía de Nipe, Mayarí y Bayamo, donde escuchó, en este último punto, sobre las piedras de rayo “...y que según me afirmaban, se desprendían cuando tronaban, encontrándose, por lo común, al pié [sic] de aquellas palmas reales “ (Rodríguez Ferrer, 1877: 152). Al dirigirse hacia este lugar le obsequiaron dos hachuelas de piedra que describe según la forma y el material utilizado para su confección. Las sitúa desde la perspectiva europea evolucionista del progreso del devenir humano, en la segunda edad de piedra, correspondiente al período del pulimento, con lo cual se hace seguidor y exponente de los avances científicos que sobre esta disciplina tenían lugar en el viejo continente. Sobre ambas expresa: “ Estas no son menos interesantes que las estudiadas en Europa desde 1841 por el sabio de Abbeville, Mr. Boucher de Perthes “ (Rodríguez Ferrer, 1877: 153).

En agosto de 1847, al encontrarse en el puerto de Manzanillo, le comunican el asesor de la tenencia de gobierno y otros vecinos, de hallazgos fortuitos en el campo, de huesos humanos y pedazos de barro. Al efectuar su visita con el asesor, los prácticos y “unos criados para cavar lo necesario”, a la hacienda Bermeja a doce leguas de Manzanillo, encontró destrozos de moluscos, piedras madreporicas, fragmentos calcinados, cazuelas y burenes (plato de cerámica sobre el que se cuece la torta o pan de casabe). A este descubrimiento no le dio particular importancia pero si demostró su conocimiento sobre las obras de los Cronistas de Indias al precisar los nombres del material colectado. Hay que decir que nada se sabe sobre el carácter científico o no de su trabajo de campo ya que no ofreció detalles de la excavación realizada.

En ese mismo año, Rodríguez Ferrer se dirige hacia Puerto Príncipe. Había recibido noticias en Santiago de Cuba sobre la presencia allí de caneyes de muertos, a través de una carta enviada por el periodista santiaguero Pedro Santacilia (1826-1910). En la hacienda Las Mercedes, a dieciséis leguas de la mencionada villa, los habitantes le narraron que habían visto desde 1834 muchos esqueletos en aquel sitio.⁵

En el cayo dispuso efectuar algunas calas en diferentes puntos pero hubo de abandonarlas porque el agua se filtraba y obstruía el trabajo. Allí localizó una mandí-

⁴ En esta época (1852) el biólogo Felipe Poey estudia ese material óseo, afirmando que fueron aplastados artificialmente y los compara con los cráneos caribes de la cuenca del Orinoco, “... punto de partida de trabajos antropológicos sobre Cuba” (Rivero de la Calle y Puig Samper, 1992: 195).

⁵ Rodríguez Ferrer cita en su obra los antecedentes del hallazgo, en noticia publicada por la SEAP en sus Memorias, T 17, 1843 titulado “ Puerto Príncipe, Esqueletos humanos fósiles”. Reproduce el artículo que señala la localización por el Sr. Bernabé Mola y Don Francisco Antonio de Agramonte de huesos conservados de adultos y niños, los últimos colocados entre las piernas de las posibles mujeres, en el sitio Los Caneyes, costa sur de la villa, inmediato a la bahía de Santa María Casimba. El sepulcro tenía forma cónica bastante achatada. Esta información la reportan todos los que conocieron la obra de Ferrer. Pichardo Moya en “ Los caneyes del sur de Camagüey “ p 41, refiere que Don Ramón Suárez (¿?) había visitado el lugar en 1834 y el autor de *Naturaleza...* señala que ocurrió en 1836. Esta fecha fue el argumento del Dr. Luis Montané Dardé en su “ Informe sobre el estado de las ciencias antropológicas de Cuba”, para determinar la existencia de los primeros documentos relativos a la arqueología y paleontología cubanas.

bula humana fósil cuya colecta le valió ser reconocido en el foro científico europeo. Esta evidencia fue analizada por el naturalista Felipe Poey, quien dictaminó su carácter antiguo y humano. Su colector la donó en 1850 al Gabinete de Historia Natural del Museo de Madrid y en 1881 fue presentada al Congreso de Americanistas.

Rodríguez Ferrer vincula el montículo funerario de Puerto Príncipe con acumulaciones del mismo tipo en las costas de Suecia y Dinamarca. Por no aparecer instrumentos de metal, los refiere como pertenecientes a la edad de piedra, reiterando de esta forma en su exposición la cronología europea para el desarrollo del hombre donde ubica como “primitivos” a los nativos de la Isla. No obstante su limitada visión en la interpretación histórica de los grupos aborígenes de Cuba, a quienes denomina genéricamente como siboneyes, tal vez a partir de una errónea comprensión de los textos de los Cronistas de Indias; se aprecia en Ferrer un interés por la investigación, con la consecuente observación de los sitios localizados, que hace que rechace la entrega de cráneos en Baracoa sin antes ver el lugar de donde proceden. Prefiere dirigirse hacia el terreno, demostrando su impronta de incipiente “arqueólogo”.

El geógrafo español, además localiza en oriente dos ídolos, denominados en la arqueología cubana como Ídolo de Bayamo (fig.1) y Hacha de Cueva de Ponce (fig. 2). El primero, procede de la hacienda Valenzuela, cerca de Bayamo (zona oriental de la Isla de Cuba) y entregado por su propietario al geógrafo español Miguel Rodríguez Ferrer. Es representante del arte de las comunidades agroalfareras de la mayor de las Antillas, también conocidas como taínas. Manifiestamente antropozoomorfo, está elaborado en piedra arenisca y representa una cabeza humana con el resto del cuerpo, extremidades y posición semejante a un animal: un batracio (rana o sapo). Estudios posteriores han asociado, por la condición anfibia del animal, a este cemí con una deidad de las aguas. La segunda, fue hallada en la zona de Baracoa (zona oriental de Cuba) y posteriormente obsequiada a Miguel Rodríguez Ferrer. El hacha en uno de sus extremos representa una figura humana, simétrica por sus dos caras, con boca y dientes, ojos, nariz, brazos y cofia, mientras que la superficie de la pala es lisa. Fue uno de los objetos aborígenes que Ferrer trasladó a la península.

La caracterización que hizo de ambos según sus dimensiones, dureza del material y el arte con el cual fueron confeccionados, le indujeron a concluir erróneamente sobre su origen. Al concebir a los indocubanos como “primitivos” no los consideró con las habilidades requeridas para tales realizaciones, por lo cual determinó la procedencia foránea de estas piezas.

Refiriéndose al Hacha de Cueva de Ponce expone: “ *¿ Cómo pudo darle este dibujo tan acabado en sus detalles, la mano del sencillo siboney, que sólo encendía el fuego con la fricción de unos palitos y no tenía más hierro que las puntas que ofrecía el sílex pedernal?*” (Rodríguez Ferrer, 1877:191).

El análisis de las anteriores palabras muestra una visión desacertada sobre los grupos aborígenes cubanos (independientemente que haya confundido el siboney con el taíno), creyéndoles incapaces por naturaleza de elaborar estos objetos, opinión que tuvo sus seguidores durante el siglo XIX. Por el hecho de aceptar la simpleza y salvajismo inherentes a los “indios “ de Cuba, ubica la factura de estas piezas en Yucatán o



FIGURA 1: ÍDOLO DE BAYAMO.
MUSEO ANTROPOLÓGICO
MONTAÑE EN LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA, CUBA. N° INV.
780. DIMENSIONES: 35 CM X 30
CM X 24.5 CM. PESO: 22 KILOS



FIGURA 2: HACHA CEREMONIAL
DE CUEVA DE PONCE. MUSEO DE
AMÉRICA DE MADRID, ESPAÑA.
N° INV. 3301. DIMENSIONES:
19 CM X 12 CM.

México, como posibles centros emisores (con lo cual manifiesta indicios de un posible difusionismo) o que pudieron pertenecer a una civilización anterior a los últimos habitantes de Cuba. A pesar de esta limitación en la obra de Rodríguez Ferrer, es fácil comprender como lógica su opinión al considerar el escaso conocimiento que se tenía sobre estas comunidades antillanas, cuyos trabajos de campo él había iniciado. Al mismo tiempo debe tenerse en cuenta el nivel muy alto de los descubrimientos que en esa fecha se llevaban a cabo en la península yucateca.⁶

Los dos ídolos referidos fueron analizados por el científico Andrés Poey, hecho que le valió su ingreso a la *Sociedad Etnológica Americana* de los Estados Unidos. La obra que denominó *Antigüedades cubanas* (1855) conserva actualmente su significado para el conocimiento y estudio del material arqueológico localizado en la primera mitad del XIX, así como por iniciar la presencia de cubanos en estos desempeños.

El ídolo de Bayamo, así como los cráneos deformados pasaron a ingresar los fondos del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de La Habana el 17 de diciembre de 1862, por la petición que le hiciera Felipe Poey al rector José Valdés Faurhi el 14 de marzo de 1862. Por su parte el hacha de Cueva Ponce fue trasladada a la península. Hoy día se puede admirar en la exposición permanente del Museo de América de Madrid. (vitrina 4.1)

Las investigaciones que conformaron *Naturaleza...* fueron impregnadas del espíritu científico revolucionador de la época y recibieron el total apoyo de las asociaciones intelectuales de Cuba como la ya referida *Sociedad Económica Amigos del País*. Muchas de sus apreciaciones sirvieron como base a estudios posteriores, de los que sus propias palabras fueron vaticinadoras: “Yo enseñé el camino y otros deben reconocer y estudiar lo que yo solo pude visitar” (Rodríguez Ferrer, 1877: 233).

La obra de este erudito se conoció en el ámbito intelectual en 1879, cuando los conceptos evolucionistas y positivistas en boga en Europa ya habían penetrado en el país. El texto del geógrafo español concedió un impulso significativo al desarrollo de la labor arqueológica en el archipiélago cubano al vincular la información histórica procedente de los Cronistas de Indias con las evidencias materiales de los primeros pobladores del territorio en un momento en que diferentes especialistas se nucleaban en torno a las nacientes asociaciones científicas. Hasta la fecha de publicación de su libro la historiografía aborigen de Cuba, comprendida mayoritariamente por historiadores y escritores, solo habían referido la información de los cronistas del “descubrimiento”. A partir del trabajo de Miguel Rodríguez Ferrer sería diferente.

⁶ La versión inglesa de *Incidentes de Viajes a Yucatán* del estadounidense John Stephens (1805-1852) e ilustrado por el inglés Frederick Catherwood (1799-1854), donde se divulgaba al mundo los sitios arqueológicos mayas de ese estado mexicano, se publicó en 1843 y más tarde, entre 1848 y 1850, se presentó la traducción castellana.

III

INFLUENCIA DE LOS CRONISTAS DE INDIAS EN LA HISTORIOGRAFÍA ABORIGEN DEL SIGLO XIX

A lo largo de los primeros siglos del asentamiento europeo, el interés por desarrollar económica y políticamente la colonia, unido a la disminución significativa de la población originaria, hizo que el estudio sobre esos grupos humanos quedara en el olvido. No era preocupación de las autoridades metropolitanas aprender sobre los orígenes históricos de su territorio ultramarino. Es por eso que las obras de los *Cronistas de Indias* sobrevivían en bibliotecas o conventos, en profundo silencio. Testigos en su mayoría de la conquista y colonización de las llamadas tierras vírgenes, sus escritos en principio respondieron al simple acto de informar a la corona y posteriormente con la intención de crear textos, constituyeron el preámbulo de la historiografía aborígen de Cuba.

En este contexto sobresalen las obras del Padre Bartolomé de Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo, que no fueron los únicos que abordaron esa temática relacionada con el archipiélago cubano en tiempos de la conquista, aunque los datos por ellos recogidos fueron los más cercanos a la realidad y corroborados, algunos de éstos, por la arqueología. Pedro Martyr de Anglería (1459-1526) y Antonio de Herrera y Tordesillas (1559-1625) también legaron obras de este género. Sin embargo, ambos reiteran las informaciones de las Casas y por momentos sus narraciones son imprecisas e incompletas.

Debido a la rápida incorporación de Cuba, sin grandes batallas con los nativos y al no cumplimentarse el sueño colonizador de encontrar oro y plata, las informaciones sobre los aborígenes de la mayor de las Antillas resultaron excluidas de la historiografía americana de la conquista. Los datos planteados por los Cronistas de Indias en los primeros decenios del siglo XVI, con sus aciertos y limitaciones, quedaron como los únicos testimonios. Tendrá que esperarse hasta casi finalizado el siglo XVIII y particularmente el siglo XIX para que los vestigios materiales de los primigenios habitantes de Cuba, puestos al descubierto a través de la arqueología, específicamente por los trabajos de campo efectuados por Miguel Rodríguez Ferrer, seduzcan a los investigadores. Con ellos se va a iniciar una nueva fase de la historiografía aborígen, favorecida con la creación de diferentes corporaciones científicas.

IV LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS Y SU CONTRIBUCIÓN A LA LABOR ARQUEOLÓGICA

Las asociaciones científicas fundadas entre finales de siglo XVIII y durante el siglo XIX de alguna manera contribuyeron al desarrollo de los estudios arqueológicos en el archipiélago cubano. Por una parte, como ya se refirió, divulgando a través de sus publicaciones los descubrimientos efectuados, y por otra, financiando expediciones para la búsqueda de huellas de los primeros habitantes del territorio. Entre las labores realizadas por las diferentes sociedades académicas (SEAP, Academia, SAC) las de mayor connotación para la arqueología cubana fueron las implementadas por la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* y la *Sociedad Antropológica de Cuba*.

La *Real Academia de Ciencias...* por su parte tuvo en su haber la publicación científica general más notable durante la segunda mitad del siglo XIX bajo la dirección de su miembro Antonio Mestre (1833-1887). En los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana* aparecieron importantes trabajos que forman parte de la historiografía aborigen de Cuba⁷.

Esta institución también creó un museo de carácter público con colecciones zoológicas y arqueológicas, las cuales directa o indirectamente debían su acervo al impulso que le imprimió a estas actividades Miguel Rodríguez Ferrer. Además contribuyó a su formación la labor significativa desarrollada por los Dres. Luis Montané Dardé y Carlos de la Torre en las expediciones científicas financiadas por esta institución.

El Dr. Luis Montané Dardé y la Sociedad Antropológica de Cuba. (1874-1894). Alcance de los estudios arqueológicos en el territorio

El año 1874 es definido con certeza por varios autores cubanos como fundamental para el afianzamiento futuro de la arqueología en Cuba. Se debe a que la disciplina estaba inserta en los estudios antropológicos que en esta década se iniciarían con rigor científico en el país a través de la *Sociedad Antropológica de Cuba*. El pensamiento en esta etapa se vertebró alrededor de la figura del Dr. Luis Montané Dardé, quien arribó en esa fecha a la Isla.⁸

Llegó a Cuba; con el espíritu parisino de la ya fundada *Sociedad Antropológica de París* (1859) y el legado de sus renombrados maestros, coincidiendo con un ardiente movimiento científico en la Isla. Se integra como académico, el 13 de mayo de 1877, en

⁷ Se editó hasta 1958, con un período interrumpido entre 1928-1933.

⁸ Luis Montané Dardé nació en La Habana en 1849. De pequeño se trasladó a Francia donde realizó estudios literarios y dos bachilleratos. En 1867 comienza su carrera médica en París, a la vez que asiste al laboratorio de Antropología. Siendo aún estudiante fue nombrado Miembro Titular de la Sociedad Antropológica de París, presentando por sus profesores, los antropólogos Paul Broca y Hamy. En 1874 discute su tesis doctoral.

la sección de medicina y años más tarde, entre 1879-1880 crea la sección de antropología que durante este tiempo realizó las primeras acciones de índole antropológica en la Isla. Además eran ya reconocida por la intelectualidad de la colonia, las actividades de la *Sociedad Antropológica de Madrid*, surgida en 1865 junto a las de New York, Moscú, Leningrado, Manchester en 1866, Florencia (1868), Berlín (1869) y Roma (1870).

En aquellos momentos, la Sociedad Antropológica madrileña estaba impregnada del positivismo y evolucionismo de la época, así como influenciada en gran medida por la importación de la metodología antropológica francesa, es decir, los estudios de antropología física.

Todas estas fueron condicionantes para el surgimiento de la *Sociedad Antropológica de Cuba* (SAC) "...muchos de cuyos miembros eran positivistas y partidarios de la evolución" (Pruna, 2001: 48). Ciertamente los asuntos arqueológicos fueron los menos tratados dada la poca información existente hasta el momento; sólo los referidos por Rodríguez Ferrer y Felipe Poey. No obstante es válido afirmar que la SAC dio un impulso a dichas actividades, a través de los debates, que allí se efectuaron, sobre las comunidades aborígenes de Cuba. Aunque en su mayoría no tuvieron las características de un estudio arqueológico (localización de piezas, análisis, exploración, excavación) los criterios (en ocasiones erróneos) que sus miembros expusieron, contribuyeron al desarrollo de la historiografía aborígen, ya que muchas de estas opiniones interrelacionaron las fuentes históricas con las arqueológicas. En ella son relevantes los nombres y labor de Montané, Antonio Bachiller y Morales, Francisco Jimeno, Juan Ignacio de Armas, Manuel Sanguily, Antonio Mestre y Carlos de la Torre.

Entre los asuntos destacados, se discutió sobre la autenticidad de un hacha petaloide encontrada por Montané en la Chorrera, un cráneo deformado descubierto en la zona del Vedado y el hallazgo de un dujo encontrado en el río de Santa Ana en Santa Fe. El análisis de los trabajos presentados en la SAC según sus actas de reunión durante los años en vigor (1877-1891), establece una prevalencia de los criterios de antropología física.

En sesión del 7 de marzo de 1880 se leyó el trabajo del naturalista matancero, Francisco Jimeno (1825-1890), "Período prehistórico cubano", donde estableció la clasificación de esta etapa de la historia en función de las periodizaciones difundidas en el mundo europeo. En consecuencia señala la edad de piedra y la de bronce, además de las épocas arqueológicas: paleolítica, mesolítica y neolítica, considerando que las dos primeras son inexistentes en Cuba. Jimeno se detiene en los descubrimientos de Rodríguez Ferrer como antecedentes de su labor. Opina sobre la dificultad de reconstruir el pasado de nuestros primeros pobladores por los escasos datos recogidos y además, con un ineficiente criterio científico. Este trabajo fue presentado para optar por su membresía en la *Sociedad Antropológica de Cuba*.

La labor de Francisco Jimeno, sin embargo, aunque incursiona (tangencialmente) en aspectos de la sociedad comunitaria, no es trascendental en la arqueología cubana. Su legado como científico se reconoce en el área de las ciencias naturales, además de ser un renombrado coleccionista, en esa esfera, en su ciudad natal. La importancia de "Período prehistórico cubano" se remite a su inserción en el debate sobre los grupos

aborígenes de la Isla que tenían lugar en los círculos intelectuales de la época, a partir de la localización de varios objetos fragmentados, circunstancias que llevarían a considerarlo erróneamente como coleccionista arqueológico en el siglo XIX. También los valores se resumen en su acertado análisis sobre la limitación de la información existente en Cuba relativa a la temática indígena y la necesidad de incrementar estos estudios con una perspectiva científica.

En 1883 es presentada a la Sociedad, un hacha petaloide encontrada en la Chorrera por el Dr. Montané, efectuándose un debate sobre la autenticidad de la pieza. Al efecto, el Sr. Bachiller y Morales expuso su parecer con el trabajo “Un hacha de piedra pulida, recientemente hallada en Cuba”, donde retoma los descubrimientos de Boucher de Perthes y ubica el artefacto en la época neolítica. En cambio no logra definir la posible procedencia de la pieza en correspondencia con su factura; si era de origen local o importada. Desde este preciso momento este académico abogará por la creación inmediata de un Museo arqueológico de la SAC. Tal vez por la imperiosa necesidad de incrementar los fondos de esta incipiente disciplina en Cuba y arribar a criterios más concluyentes.

Durante 1884 continúan los debates sobre los períodos cronológicos de la evolución de la humanidad y se buscan nuevos datos acerca del posible sitio funerario de la región de Santi Spíritus. Aunque lo más significativo de estos momentos fue el desarrollo de una de las mayores polémicas acontecidas en el foro científico decimonónico relacionadas con la población aborígen del archipiélago cubano que no excluyó a otras comunidades indígenas del Caribe. Se discutió sobre los cráneos deformados hallados en el territorio y su pertenencia a los grupos caribes.

El punto de partida para esta extensa disputa entre varios académicos fue el registro material óseo que se tenía de los grupos aborígenes cubanos, conformados por los cráneos de Rodríguez Ferrer y el cráneo de Montané. Las preguntas vigentes en aquella etapa estaban aún por dilucidar: ¿los cráneos habían pertenecido a las comunidades taínas, gente noble, o de los caribes, grupos belicosos y antropófagos?, ¿los caribes se habían asentado en la mayor de las Antillas?, ¿la deformación craneana era natural o artificial? El periodista y miembro de la sociedad, Sr. Juan Ignacio de Armas (1842-1889), abrió la discusión con su trabajo “La fábula de Los Caribes” (1884).

Resumiendo lo planteado por el autor, éste consideraba que la existencia de los Caribes en Las Antillas constituían una falacia producto de la imaginación de los “descubridores”. Los grupos humanos de las Islas, a los que denominó salvajes, pertenecían a una sola raza de costumbres dulces y pacíficas. Aquellos no eran antropófagos, esta condición era inadmisibles en ninguna sociedad (hoy se sabe que fue usualmente practicado, generalmente con carácter ritual). Los cráneos deformados no fueron exclusivos del sexo masculino, los consideraba naturales y no había ninguna práctica artificial. Por estos argumentos Juan Ignacio de Armas se explicó la discordancia, que según él aparecían en los textos de los Cronistas de Indias al presentar tal hecho: para Oviedo, la deformación era realizada con la mano; Gómara, con almohadillas; para Garcilazo con tablillas y Las Casas con tiras de lienzo (Armas, 1884: 488-509). No se ponían de acuerdo, dice, porque esta era inexistente.

Los criterios de Ignacio de Armas en la polémica sobre la deformación craneana aunque inaceptables en su momento por sus colegas y después por la ciencia, contribuyeron indirectamente al progreso de las disciplinas antropológica y arqueológica, ya que a través de estas disquisiciones se centró la atención en el estudio de los aborígenes desde ambas perspectivas. Este asunto no quedaría resuelto hasta entrado el siglo XX. De Armas incursionó también en la mitología y la agricultura a través de los hábitos alimenticios que según los Cronistas de Indias tuvieron los indocubanos. En “Estudios sobre las creencias religiosas de los aborígenes de las Antillas” (1885) dictaminó erróneamente la total inexistencia de cultos en todo el archipiélago antes de la llegada de Colón. Negó además las obras de fray Ramón Pané (Pané, 1990) y la de Pedro Martyr de Anglería, relativas a la cosmogonía de los nativos de Cuba y las Antillas, siendo la primera de ellas, el único testimonio de la mitología taína que devino en principal fuente de consulta para la temática, a pesar de todas las limitaciones que hoy día sabemos que tiene. En “La comida del salvaje”(1885), planteó que no existió agricultura en las Antillas, siendo los españoles no solo quienes les enseñaron a la población aborígen esta actividad económica, sino que les hace acreedores del descubrimiento del pan de casabe. Para este autor nada positivo fue atribuible a la población que habitó estas tierras a la llegada de los conquistadores.

Seres salvajes, carentes de ingenio, sumidos en un primitivismo absoluto, fue la visión que De Armas transmitió sobre las comunidades aborígenes del archipiélago cubano, a sus coterráneos. El arribo de los peninsulares a la mayor de las Antillas, según su opinión, fue un acontecimiento feliz para estos hombres, incapaces de producir y crear. Con esa visión el autor justificó y aceptó la presencia metropolitana en “la grande y fiel Isla de Cuba” en contraposición a otro grupo de hombres que habían decidido levantarse en armas para defender su independencia.

Sin embargo, en el foro académico muchas voces se levantaron en total desacuerdo con De Armas. Desde una perspectiva científica se debatieron trabajos donde la creatividad y el ingenio aborígen quedaron explícitos. Un intento con estas características que dio crédito a la obra de Fray Ramón Pané fue “Medicina de los siboneyes” (1888), del Dr. Enrique López. Lo singular de esta presentación fue la utilización del término siboney de forma general para continuar denominando a los nativos de Cuba, aunque en ese año todas las evidencias reportadas se refirieron a grupos neolíticos o taínos. Posteriormente su colega Antonio Gordon y Acosta (1848-1917) retomaría su discurso en la *Real Academia de La Habana* (1904), con un enfoque similar.

En 1889, comparece en la *Sociedad Antropológica de Cuba* el Dr. Carlos de la Torre y Huerta⁹, en la que hace una “Comparación entre antigüedades cubanas y puertorriqueñas”. Este científico, al concluir sus estudios en la Universidad madrileña, en di-

⁹ Carlos María Isidoro de la Caridad de la Torre y Huerta. Nació en Matanzas el 15 de mayo de 1858. Discípulo del naturalista Felipe Poey, conocido a través del también naturalista matancero Francisco Jimeno; difiere en sus criterios referentes a las corrientes científicas. Poey sigue los lineamientos de Cuvier y Agassiz mientras que de La Torre sigue el evolucionismo de Lamarck. Graduado en Madrid de Dr. en Ciencias Naturales el 13 de abril de 1889. Fallece en la Habana en 1950.

ciembre de 1883, logra una plaza en el Instituto de Segunda Enseñanza de Puerto Rico y comienza allí sus estudios sobre arqueología. Regresa a Cuba en 1884 y ocupa entonces la vacante de profesor de Anatomía Comparada de la Universidad de La Habana.

En su presentación ante la referida *Sociedad*, de la Torre, expone la desproporción entre la escasez de piezas localizadas por Rodríguez Ferrer, Jimeno y Montané en contraposición a las numerosas colecciones de Puerto Rico. Analiza, además, el trabajo de Jimeno “Período Prehistórico” y señala como error de este texto la intención del autor de darle un valor cronológico constante a la edad de piedra, con lo que está en total desacuerdo. Los apuntes del naturalista presentan el panorama arqueológico cubano, certeramente, como prematuro. Esta época se diferencia de la que transcurre en la última década del siglo XIX a partir de la realización de las expediciones científicas.

Otros títulos se editaron fuera del contexto de la SAC y la Real Academia. En la *Revista Cuba y América, los Anales y Cuba*¹⁰ se divulgaron parcialmente. *Cuba Primitiva* del abogado Antonio Bachiller y Morales (1812-1899)¹¹ fue una de ellas. Editada en 1881 constituyó una aproximación al conocimiento de las antigüedades y voces de los indios taínos, agricultores-ceramistas; que poblaron la Mayor de Las Antillas, a fin de conservarlas. El autor interesado por este tema desde 1838, cuando recorrió la Isla y percibió el gran número de vocablos indígenas presentes en el castellano hablado en el país, combatió la creencia de moda que consideraba la lengua de nuestros primeros habitantes como dialecto maya.

La obra de Bachiller, de clara proyección lexicográfica, en una primera parte recoge las informaciones arqueológicas acontecidas entre 1838 y 1881. En la segunda, además de señalar las voces indias, edita el valioso texto de Fray Ramón Pané concerniente al mundo mítico aruaco. Los aciertos del abogado habanero en *Cuba Primitiva* refieren el origen de los indios cubanos en Sudamérica y al efecto trata de demostrar la conexión entre las Antillas y las Bahamas como zona de contacto en el Caribe antiguo. En cambio su desacierto se localiza en la filiación de los grupos aruacos a la raza caribe, cuestión que como se ha analizado, por la propia polémica de la época, no fue un criterio aislado de Bachiller. La importancia de este texto radica en la inserción válida de los estudios filológicos para la comprensión de la vida y costumbres de los aborígenes cubanos que junto a la geología, la historia y la arqueología fundamentan un pasado remoto. Su argumento para verificar que la lengua de los nativos antillanos no es la maya, parte de un estudio preliminar de ambos lenguajes.

La SAC feneció después de 1892, aunque nominalmente existió por tres años más. Su decadencia ha sido relacionada con problemas económicos, falta de local, imposibilidad de publicar su boletín, poco apoyo gubernamental y la situación política

¹⁰ Esta revista la fundó José A. Cortina (1853-1884) el 15 de enero de 1877. Según Pruna y González, 1989: 81, el darwinismo penetró en Cuba gracias al grupo de intelectuales que se nucleó en torno a ella.

¹¹ Antonio Bachiller y Morales se le reconoce como el primer bibliógrafo cubano. Ocupó diversas cátedras en La Habana y a partir de 1842 fue director del Instituto de Segunda Enseñanza de la capital en 1863. En 1869 emigró a los Estados Unidos donde redactó varios libros. Su interés hacia los estudios relacionados con la América precolumbina comienzan en 1845, aunque como miembro de la *Sociedad Económica de Amigos del País* incurrió en la historia de la cultura.

que se gestaba en el país. “*La guerra del 95 y las circunstancias políticas que le sucedieron, no fueron favorables a la sociedad, por lo que sus aportes al desarrollo de las ciencias antropológicas de nuestro país quedaron truncas*” (García González, 1988: 7).

Como fiel gestora e impulsora de los estudios antropológicos, la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* retomó esa tradición desarrollada por su homólogo. Se debe a ella las primeras exploraciones científicas llevadas a cabo por los Drs. Luis Montané Dardé en 1890 y Carlos de la Torre y Huerta en 1892, según se explica en el acápite siguiente.

Las expediciones científicas de finales del XIX

Como ya he planteado, la edición de *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba* de Miguel Rodríguez Ferrer, en 1877, propició la divulgación de los hallazgos del naturalista en territorio cubano, a la vez que incrementó el interés por la búsqueda de materiales pertenecientes a los primeros habitantes del archipiélago. Las corporaciones científicas existentes en el país favorecieron este proceso. Algunos intelectuales siguieron las huellas de Rodríguez Ferrer al visitar los sitios por él recorridos en la primera mitad del siglo XIX.

Desde 1883 se comentaban en la SAC ciertas noticias sobre cráneos localizados en la provincia de Santi Spiritus. La *Real Academia*, en 1888, decide entonces comisionar al Dr. Luis Montané Dardé para la exploración científica de esa región. En reunión del 22 de julio, Montané informa de los resultados de su expedición: la colecta de varios objetos en la Lomas de Banao, un ídolo de madera y hachas petaloides. Aunque en aquel momento, no se plantearon inferencias etnográficas sobre las piezas encontradas, hoy se sabe que el ídolo no está relacionado con la sociedad comunitaria de Cuba, en cambio las hachas petaloides pasaron a formar parte del museo de la *Real Academia de Ciencias*.

En 1889 realiza una excursión antropológica desde Baracoa hasta Guantánamo y adquiere cráneos, hachas e ídolos. El Dr. Aristides Mestre, quien ofrece esta información no especifica en cuáles sitios ni caracteriza las piezas descubiertas. En cambio, expone que Montané ha sido el primero en realizar un viaje con propósitos científicos, sin embargo omite la labor de Miguel Rodríguez Ferrer en los caneyes del sur camagüeyano.

Montané visita Las Lomas de Banao en 1889, específicamente la cueva Boca del Purial y realiza uno de sus mayores descubrimientos para la ciencia antropológica y arqueológica cubanas: cráneos no deformados colocados en semicírculos, adentro de ellos, concéntricamente, los huesos largos cruzados en forma de X e interiormente las costillas y huesos cortos. Al centro los huesos pelvianos. En el sitio se colectaron fragmentos de carbón, pedazos de sílex, restos de dieta y artefactos de piedra. Se hallaron además dientes de un mono al que se denominó en honor a su descubridor *Montaneia anthropomorpha*.

Estos datos, así como la caracterización del lugar y las circunstancias de la investigación, las expuso el autor en *L'homme de Santi Spiritus* (1904) presentado al Congreso de Mónaco en Italia.

La localización de los vestigios aborígenes en Boca del Purial fue un acontecimiento para el foro intelectual cubano y europeo. Consistía en el reporte de los primeros cráneos no deformados, la posible representación del siboney, dos de los cuales fueron remitidos a laboratorios en París y como se dijo, es importante el hecho que informa sobre una nueva especie de monos antillanos, hasta entonces desconocidos. Lo más interesante fue sin dudas las opiniones científicas del célebre antropólogo: la probable pertenencia de las osamentas a poblaciones continentales de la Florida o Yucatán, distintas completamente a la caribe, y su caracterización “...*el tipo indígena cubano no es uniforme, hay mezclado algún elemento negroide que puede constituir un punto de interrogación*” (Montané, 1908: 12).

Al mismo tiempo que Montané exploraba por segunda vez Boca del Purial, en 1890, el Dr. Carlos de la Torre era comisionado por la Real Academia, el 27 de junio, para visitar la zona oriental de la Isla con la intención de encontrar objetos para estudios antropológicos de la “raza primitiva” y observar el estado de los cocoteros y su plaga. Otro de los motivos esgrimidos fue corroborar si “El Caney” era pueblo de indios. Sobre el último punto se pudo confirmar que eran efectivamente sus descendientes, a los cuales denominó como raza siboney. Además otros poblados en Yara y Majayara en la jurisdicción de Baracoa presentaban caracteres indígenas: color tostado, cabello lacio y negro, baja estatura y barba poco poblada. Esta expedición fue financiada por la *Academia*.

El naturalista reedita el camino andado por el geógrafo español Rodríguez Ferrer en 1847. En la travesía le ayudó y acompañó Fermín Valdés Domínguez¹², ampliamente conocido en la historia de Cuba pero no relacionado con la arqueología. Visitaron los farallones de Maisí, Pueblo Viejo, Cueva de Ponce, Cueva Ovando, Cueva del Indio. El resultado satisfactorio de la expedición se dio a conocer en sesión pública ordinaria de la *Real Academia* el 12 de octubre de 1890: once cráneos, un esqueleto casi completo, armas, ídolos y fragmentos de alfarería. En este momento se reportan por vez primera las gubias de concha, a las que denomina cucharas. De la Torre determina erróneamente, que las osamentas pertenecen a la “raza” caribe y concluye que existió una colonia en el extremo oriental de Cuba. Para él los primeros habitantes de la Isla, pertenecen a la raza siboney. Según sus estudios realizados en Puerto Rico concluye certeramente que las emigraciones procedían de Oriente a Occidente, así como que la uniformidad de los ídolos de piedra indicaba una identidad de creencias religiosas entre los antillanos.

Otros de sus aciertos, es el que describe las relaciones entre los habitantes de las Islas y el continente. De acuerdo con el registro arqueológico localizado, establece la posibilidad de pertenencia de aquellos hombres al tronco asiático y el valor cronológico impreciso de la edad de piedra, pues plantea que en América y Oceanía se usaron, en épocas relativamente recientes instrumentos de piedra semejantes a los que en Eu-

¹² Fermín Valdés Domínguez radicó temporalmente en Baracoa. Ejercía como médico y en su tiempo libre se dedicaba a estudios arqueológicos y antropológicos.

ropa pertenecen a la prehistoria. En cambio, en el artículo publicado en *El Figaro*, (periódico habanero), defiende el posible origen común de la población antillana, pero a favor de un criterio monogenista sobre la especie humana.

El quehacer del Dr. Carlos de la Torre amplió el registro de datos sobre los aborígenes cubanos y muchos de sus criterios aún hoy son válidos para la arqueología antillana.

En ese año de 1892 Luis Montané se encamina tras las huellas de Rodríguez Ferrer y de la Torre, por encomienda de la Junta Precolombina de la Academia. Creada desde 1892, estaba integrada por J. M Céspedes, presidente; Carlos de la Torre, secretario; como miembros J.I Torralbas, Montalvo y Aristides Mestre entre otros. Con objetivos similares a los de la anterior expedición y con vistas a la celebración del cuarto centenario de la llegada de Colón a Las Américas, Montané recorrió Baracoa hasta cabo Maisí por la costa norte y por la sur hasta Guantánamo. Localizó un nuevo osario de las antiguas poblaciones y estudió antropológicamente una familia descendiente de aborígenes en la población del Caney, dada su preocupación por la supervivencia de caracteres indígenas en Cuba.

Con la llegada de la guerra de Independencia en 1895 ocurrió un estancamiento en todos los sectores de la vida científica del país. No obstante, en el transcurso de la contienda se efectuaron algunos hallazgos fortuitos, como los de Fernando García y Grave de Peralta, integrante de las huestes mambisas, quien localiza fragmentos de hachas cuneiformes, fondos de cazuelas y vasijas de barro. Estos descubrimientos, de los cuáles sólo se conoce la información a través de dibujos, se encontraron en Las Villas y en los límites territoriales de Camagüey y Oriente; los primeros en 1897 y los segundos en 1898 y fueron divulgados ya entrado el siglo XX.

Por otra parte las obras editadas en el siglo XIX sobre los aborígenes cubanos donde primaron la descripción de los objetos localizados, las informaciones históricas de los Cronistas de Indias y la visión de aquellos grupos humanos a través de sus características físicas, dio lugar a una corriente de pensamiento vinculado al mundo prehispanico.

La tendencia en la lírica cubana a finales de la centuria, de marcado espíritu patriótico, consagró los temas indígenas en sus cantos y poemas, lo que posibilitó la publicación y difusión del nombre siboney y que fuera utilizado para caracterizar a toda la población originaria de Cuba; de ahí la denominación del movimiento: el siboneyismo.

“El siboneyismo, aliado del criollismo en la labor de resaltar lo cubano, se remonta al perdido pasado del indio, pasado que está presente en el subconsciente de todo cubano. Ambos se vinculan al describir la naturaleza cubana, cargada de numerosos nombres aborígenes”. (Valdés Bernal, 1984: 33)

Esta fue una manifestación de la tendencia indianista que estaba expandida en América como rama del americanismo literario. En Cuba sus principales exponentes fueron: Juan Clemente Zenea (1823-1871), José Fornaris (1827-1890), Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1962) y José Joaquín de Palma (1844-1911). Los indoamericanismos más utilizados por aquellos fueron la flora y la fauna de la Isla.

Entonces, el siboney, según la corriente que predominaba, se asimiló a los que Las Casas definiera como taínos. Fue el indio protagónico de los antecedentes de la conquista el que tuvo relación con el conquistador, el que cultivó la tierra, el de los ce-mies, el casabe, areíto y tabaco. Próximos al arribo del siglo XX, el ánimo independentista imperante en la Isla de Cuba se vertebraba sobre el empeño creciente de conocer nuestras raíces.

El trabajo arqueológico iniciado por Miguel Rodríguez Ferrer entre 1847 y 1848 no se había perdido. El impulso dado a dicha labor en la mayor de las Antillas fue retomado por las sociedades científicas que durante esta centuria fueron creadas. Su legado histórico para la posteridad fue de gran trascendencia debido a las evidencias materiales halladas en los sitios localizados y sus interpretaciones acerca de la población nativa, sobre todo porque contribuyeron al fomento y a la motivación de la búsqueda de nuestro pasado y al desarrollo de estas actividades en la Isla.

La arqueología durante el siglo XIX tuvo una actividad limitada. Las excavaciones arqueológicas no se implementaron con una metodología científica. El proceso de intervención tuvo como fin la colecta de piezas de hechura aborígen. Por lo tanto las colecciones privadas y públicas en gabinetes y museos de historia natural, antropológicos, de carácter polivalente, atesoraron las evidencias materiales sobre la población nativa de la mayor de las Antillas, lo cual posibilitó su mejor conocimiento. Aunque en principio prevaleció el examen descriptivo de los objetos aislados sin precisar el lugar del hallazgo, como en los debates efectuados en la SAC, este hecho condujo a establecer lo relativo a la presencia de caribes de en la Isla. Sin embargo y a pesar de algunos errores constituyó un nuevo paso de avance al ir desbrozando el camino hacia la caracterización histórica de una etapa de la sociedad que durante el siglo XIX era prácticamente desconocida.

BIBLIOGRAFÍA

A) Fuentes bibliográficas

- ALCINA FRANCH, José (1989): *Arqueología antropológica*. Ediciones AKAL. Madrid.
- ÁLVAREZ CONDE, José (1956): *Arqueología indocubana*. Impresores Ucar. La Habana.
- (1958): *Carlos de la Torre: vida de un naturalista*. Editorial Lex. La Habana.
- ARROM, José y Manuel GARCÍA ARÉVALO (1988): *El murciélago y la lechuga en la cultura taína*. Ediciones Fundación García Arévalo. Santo Domingo.
- BACHILLER, Antonio (1883): *Cuba Primitiva*. Imprenta La Correspondencia de Cuba. La Habana.
- CASAS, Fray Bartolomé (1951): *Historia de las indias*. Fondo de Cultura Económica. México.
- DACAL, Ramón y Manuel NAVARRO (1972): *El ídolo de Bayamo*. Museo Montané. La Habana.
- DACAL y M. RIVERO DE LA CALLE (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- GARCÍA, Armando (1988): *Actas y resúmenes de Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones periódicas del siglo XIX*. Editorial Academia. La Habana.
- (1994): *Del Museo de la Real Academia de Ciencias Naturales, Físicas y Médicas de la Habana*. Editorial Academia. La Habana.
- HENRÍQUEZ, Max (1967): *Panorama histórico de la literatura cubana*. Edición R La Habana.
- MERCIER, Paul (1977): *Historia de la antropología*. Ediciones Península. Barcelona.
- MESTRE, Antonio (1999): "La antropología en Cuba". *Catauro*. Fundación Fernando Ortiz. La Habana, (1), 9-156.
- (1938): *Montané en nuestra antropología*. Imprenta y Librería La propagandista, S. A. La Habana.
- MONTANÉ, Luis (1922): *Les dents d'un singe pré-historique < Montaneia anthropomorpha > de Cuba*. Extraire des bulletins et mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris.
- (1908): *L'homme de Sancti Spiritus*. Imprimerie de Mónaco. Mónaco.
- ORTIZ, Fernando (1922): *Historia de la arqueología indocubana*. Imprenta El Siglo XX. La Habana.
- PANÉ, fray Ramón (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- POEY, Andrés (1853): "Antiquities of Cuba, A brief description of some relics found in the Islan of Cuba". *American Ethnological Society*. New York, (3), part I. 185-202.
- PRUNA, P (2001): *Ciencia y científicos en Cuba colonial. La Real Academia de Ciencias de La Habana. 1861-1898*. Editorial Academia. La Habana.
- PUIG-SAMPER, M A y A. GALERA (1983): *La antropología española del siglo XIX*. Instituto de Arnao de Vilanova. Madrid.
- RIVERO DE LA CALLE, Manuel (1966): *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. [s.e]. La Habana.
- (1980): "Aportes de Fermín Valdés Domínguez a la espeleología, arqueología y antropología cubanas". *Revista Santiago*, (38-39), 91-108.
- (1984): "Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva Ponce". *Revista Santiago*, (55), 147-158.
- y M. A. PUIG-SAMPER (1992): "Aportes de Miguel Rodríguez Ferrer a la antropología cubana". *Revista de Indias*. Madrid, (19) 195-201.
- RODRÍGUEZ FERRER, Miguel (1879): *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*. Imprenta de Nogera. Madrid.

SACO, José Antonio (1858): *Arqueología Cubana*. Colección de Papeles Científicos, históricos, políticos y de otros ramos. Imprenta de D' aubusson y Kugelmann. París. 408.

SEGRO, Rigoberto. (2000): *De Compostela a Espada. Vicisitudes de la iglesia católica en Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

STEPHENS, John (1984): *Viajes a Yucatán*. Editorial Dante, SA. México.

TABÍO, Ernesto y Estrella, REY(1966): *Prehistoria de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.

TORRIENTE, Zoe (1974): *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana. Índice analítico*. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana.

VALDÉS, Sergio (2000): *Antropología lingüística*. Fundación Fernando Ortiz. La Habana.

B) Fuentes seriadas

Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. (1874-1910).

Boletín de la Sociedad Antropológica. (1879–1885)

Revista de Arqueología y Etnología (1936–1948)

Revista de Cuba (1880 y 1884)